

# EL GUION DE SALVADOR EN LA ELECCIÓN VOCACIONAL DE LA PSICOTERAPIA

Antonio Armada Raya<sup>1</sup>

*En el presente artículo se considera que la elección vocacional de ejercer la psicoterapia es una decisión temprana e inconsciente que forma parte del que he denominado guion de Salvador observado en psicoterapeutas adultos. Se describe el tipo de vínculo que estas personas establecieron en su infancia con padres que manifestaron un déficit en sus necesidades emocionales. Se ilustra la construcción del guion de Salvador en un caso hipotético y se detallan las funciones ocultas del síntoma "elección vocacional" y su interferencia en el ejercicio óptimo de la profesión.*

## 1. ¿POR QUÉ NOS HACEMOS PSICOTERAPEUTAS?

¿Por qué algunas personas decidimos ejercer profesiones de ayuda y atención emocional? Si dirigimos esta pregunta a futuros psicoterapeutas o a los que llevan años de ejercicio en la profesión es probable que obtengamos escasas referencias a su pasado infantil, a las vivencias tempranas en su entorno familiar cuando eran niños o a las figuras de cuidado, a no ser que hayan sido cuestiones objeto del propio trabajo personal. Este hecho puede resultar paradójico tratándose de personas que, en su actividad profesional, demuestran una alta capacidad introspectiva, reflexiva y de comprensión de los fenómenos humanos. Algunas respuestas aportadas podrían ir dirigidas hacia la satisfacción de una curiosidad intelectual, como el interés por el funcionamiento de la mente, las emociones y la conducta humana. Otras pueden apuntar hacia un afán altruista de querer ayudar a resolver los problemas de las personas, acompañarles en sus crisis y disminuir su sufrimiento. Sin embargo ¿es posible que los psicoterapeutas hayamos nacido con determinadas cualidades innatas que nos capaciten para ejercer esta profesión? Considero que muy probablemente no. ¿De dónde viene el interés por el inconsciente del otro? ¿Buscan en el ejercicio de la psicoterapia algo más que una profesión, como aprender a ser más empático, asertivo o quizás aumentar su autoestima? ¿Buscan herramientas para mejorar sus relaciones y para la resolución de conflictos interpersonales? ¿Por qué ese afán en comprender y ayudar emocionalmente al otro?

Si vamos más allá de los interrogantes anteriores, se nos plantean otros que nos remiten a las vivencias de la infancia: ¿Existe algún denominador común en la niñez de las personas que decidimos ejercer una profesión de ayuda?, ¿Qué experiencias infantiles se esconden tras el interés por el inconsciente del otro y por sus necesidades emocionales?, ¿De qué material intrapsíquico se gesta la decisión de ser psicoterapeuta y cómo influye este material en el ejercicio de nuestra profesión? Algunos autores (Miller, 2005; Guy, 2010) apuntan la tesis de que las necesidades emocionales no resueltas en la infancia se constituyen en una de las motivaciones para elegir la profesión de psicoterapeuta, con lo cual el ejercer el acto psicoterapéutico se convierte, muy frecuentemente, en un intento de satisfacer tales necesidades afectivas profundas del terapeuta, debido a una infancia de aislamiento, abandono y manipulación por parte de las figuras parentales, en mayor o menor grado.

De esta manera, y dado que en nuestra naturaleza como seres humanos existe la tendencia innata a ayudar al otro en situación de desamparo o de necesidad vital, me he preguntado qué variables se dan en la infancia de algunas personas para que decidan convertir su capacidad de acoger y contener el sufrimiento del otro, su interés por los procesos inconscientes y por el dolor ajeno, en algo tan importante como es la elección vocacional. ¿Es necesario haber tenido una infancia determinada para desarrollar dichas cualidades que lleven a escoger una profesión de la ayuda? La terapeuta y escritora polaca Alice Miller intenta responder a algunas de las cuestiones planteadas en su obra *El drama del niño dotado y la búsqueda del verdadero yo*. Miller dirige la mirada a las vivencias tempranas de niños cuyo destino infantil pasó por satisfacer las necesidades emocionales inconscientes de sus padres para conseguir su afecto y aceptación. Basándose en su propia experiencia y en la información derivada del trabajo clínico con sus pacientes, Miller describe el esfuerzo descomunal de adaptación a las expectativas parentales que tantos niños realizaron en su infancia, lo que les condujo a la negación del propio yo y a la construcción de un *falso yo*<sup>1</sup> que los iba alejando de la experiencia de sus verdaderos sentimientos y necesidades.

Coincido con la autora citada en que las infancias de los adultos que, en base a una elección temprana e inconsciente, decidieron ejercer una profesión de ayuda a los demás pueden contener elementos comunes. En el análisis pormenorizado de este proceso de adaptación emocional he observado, a partir del estudio clínico de pacientes

---

1. Por mi parte he escogido para el presente trabajo el concepto de *yo social adaptado* en lugar de la expresión *falso yo* utilizada por Miller, ya que aunque el niño construyera su identidad basada en la negación de sus propias necesidades emocionales verdaderas, adaptándose a las exigencias externas, no por ello dejó de construir un *yo real* (aunque social y emocionalmente adaptado) que le permitió sobrevivir durante una etapa de su vida aunque, eso sí, alejándose de su *yo verdadero*.

psicoterapeutas (y de otras profesiones afines como medicina, enfermería o trabajo social) que atiende en la consulta, una característica principal: la creación de un yo social y emocionalmente adaptado que llevó al niño a la represión de sentimientos auténticos y a no dar relevancia a sus necesidades, anteponiendo la satisfacción de las necesidades emocionales de sus cuidadores principales a las propias, con la ilusión de que así iba a obtener el amor y la aceptación que tanto necesitaba para sobrevivir afectivamente en su contexto relacional; todo lo cual asienta las bases para la construcción de un guion de vida de Salvador que contendrá, entre otras, una decisión temprana e inconsciente de ejercer una profesión de ayuda.

## 2. ASPECTOS RELACIONALES EN LA INFANCIA

Para acercarnos a la comprensión del clima psíquico de la infancia del niño emocionalmente adaptado, cabe preguntarse cómo debería ser una niñez saludable desde el punto de vista afectivo. En este sentido es fundamental para el niño que pueda ser visto por sus padres, considerado y tomado en serio en cuanto a sus sensaciones, emociones, sentimientos y pensamientos. Si existe una atmósfera de respeto y tolerancia hacia los sentimientos del niño, este va a poder desprenderse paulatinamente de los lazos simbióticos que le unen a la madre y ya, en la fase de separación, dar los pasos adecuados para lograr su autonomía. Pero este proceso se va a ver alterado si en la relación con la madre esta le significa, de manera no verbal en un primer momento y posteriormente verbal, que sus sentimientos no son adecuados para ella, por los motivos que sea. Progresivamente el niño va a aprender qué es lo que está bien sentir o desear y qué es lo que no está bien, qué sentimientos están permitidos expresar y cuáles pertenecen al ámbito de lo inadecuado o prohibido.

¿De qué va a depender esta respuesta de los padres en cuanto a la conveniencia o no de las manifestaciones afectivas del niño? Fundamentalmente de si ellos mismos han tenido la posibilidad de crecer en un clima de aceptación de sus propias necesidades y deseos, ya que solo van a poder transmitir a su hijo la sensación de seguridad y protección para que desarrolle el sentido de la confianza en sí mismo si, previamente, ellos lo han vivido a través de la validación de sus propias necesidades y sentimientos en la relación con sus progenitores. El niño de hoy que crece envuelto en un clima de respeto por sus necesidades y sentimientos será muy posiblemente el adulto del mañana que no tiene que esforzarse continuamente por merecer la admiración de los otros. El origen del trastorno surge cuando la madre no puede ayudar a su hijo a satisfacer sus propias necesidades emocionales, no pudiendo constituirse entonces en un verdadero reflejo del niño que

pueda adivinar y dar respuesta a sus necesidades, a la vez que le transmita el permiso interno para expresar sus sentimientos auténticos. La consecuencia de este hecho es que la madre intentará satisfacer, inconscientemente, las necesidades de su Niño interno a través de la figura de su hijo. Y unos padres que no recibieron en su debido momento lo que necesitaron recibir de sus propios padres lo pueden encontrar fácilmente en un hijo, por su condición de disponibilidad e incondicionalidad, esto es, de persona que puede ser utilizada como eco, reflejo o espejo de uno mismo, un ser fácil de controlar y que no los abandonará, que les brinda atención y admiración. Esto es así debido a la premisa inexorable de que cualquier niño vive bajo la necesidad vital de ser amado incondicionalmente por sus cuidadores principales.

De esta manera podemos ver cómo en la infancia de estos niños emocionalmente adaptados, los mismos padres tenían sus propias necesidades emocionales no satisfechas, y eran incapaces de ver y, por tanto, de responder a las necesidades emocionales de su hijo. El Niño interno de los padres buscaba un ser humano disponible a nivel emocional. Posiblemente en sus infancias los padres tuvieron que realizar su propia renuncia emocional, enviando al fondo del inconsciente sus necesidades, hacerse fuertes y sobrevivir en la dimensión relacional negando su propio dolor; por lo tanto, aprendieron una manera de estar en el mundo, una manera que les fue útil y que van a utilizar posteriormente en la crianza de su hijo. El niño, por su parte, no se puede escapar de la educación recibida, sea la que sea, y los padres tienen la necesidad, y el poder, de educarlo de la manera en que necesiten hacerlo, incluido el envío inconsciente de mensajes para que les complazca y se adapte a lo que ellos necesitan. Sin embargo, educar en la propia necesidad paterna y/o materna o educar en lo que más le conviene al niño, respetando sus propias necesidades y deseos son dos aspectos con frecuencia confundidos, también incluso para la mirada externa de muchos profesionales de la educación y de la psicología, especialmente para aquellos que fueron niños emocionalmente adaptados y disponibles a unos padres emocionalmente necesitados, y que aún no han tenido la posibilidad de conocer la verdad de su propio destino infantil.

Un adulto con una necesidad emocional no resuelta se puede ver sometido, mientras no conozca la verdad de su propia historia, a intentar satisfacerla una y otra vez en la relación, recurriendo a personas sustitutivas. Y es en la relación con el hijo que esas necesidades se revivirán en el inconsciente del adulto y exigirán ser satisfechas. El niño lo advertirá y pronto dejará de manifestar su necesidad, ya que su existencia depende del afecto de sus padres, haciendo todo lo posible para asegurárselo, y dejando a un lado, si fuera menester, sentimientos y necesidades propios, atribuyéndoles incluso la cualidad de

inadecuados. **¿Quién va a dudar de unos padres, principalmente**, cuando se muestran buenos y solo quieren lo mejor para su hijo? ¿Quiénes mejor que los padres saben lo que es bueno para el niño, lo que debe hacer y cómo debe hacerlo? Lógico, pues, que el niño se sienta inadecuado cuando no quiere lo que quieren los padres. Son su guía, están en el lugar del supuesto saber<sup>2</sup>.

Existen estudios que concluyen que los padres de los psicoterapeutas a menudo han sufrido perturbaciones emocionales y psicopatológicas de diferente tipo. Cuando Guy (2010) analiza los estudios referentes a las características de los padres de los psicoterapeutas concluye que “los padres de los futuros psicoterapeutas no eran emocionalmente receptivos, y se mostraban incapaces de satisfacer las necesidades emocionales del niño. En consecuencia, esto nos lleva a especular que la elección de una carrera psicoterapéutica es el resultado de una carencia infantil, un esfuerzo por procurarse la intimidad ausente en la relación mantenida con el niño por sus padres”, apuntando ya la idea de que el ejercicio de la psicoterapia se puede convertir en una manera de intentar satisfacer una y otra vez necesidades emocionales tempranas no resueltas.

La propia Miller (2005) concluye que la mayoría de las madres de los psicoanalistas tienen un perfil narcisista e inseguro, y que en muchos casos la familia gira en torno a complacer a la madre y satisfacer sus necesidades emocionales. Lo cual no invalida otros estudios que defienden una especial relación de cercanía e intimidad entre los terapeutas cuando fueron niños y sus madres, pero sería una *intimidad unilateral*, esto es, puesta al servicio del adulto y enfocada a que la madre le revele al niño sus problemas de diferente índole, provocando que asuma un papel de confidente que le conduzca a intentar resolver los problemas emocionales adultos.

En conclusión, cabe señalar que muy probablemente las vivencias infantiles de las personas que escogen profesiones que suponen algún tipo de ayuda a los demás estén muy vinculadas a padres que en su momento no pudieron atender adecuadamente las necesidades relacionales de su hijo. El tipo de vínculo que se observa en estos padres es heterogéneo: padres profundamente inseguros que dependen de un comportamiento

---

2. *En el lugar del supuesto saber*, el mismo lugar donde habitualmente coloca el cliente a su psicoterapeuta, porque así necesita hacerlo. Esta consideración sobre las expectativas de nuestros clientes hacia nosotros es importante que la tengamos en cuenta, de cara a una mejor comprensión de los procesos transferenciales y contratransferenciales, a atender la importancia de nuestros procesos intrapsíquicos y de involucrarnos en nuestra sanación y crecimiento personal. Todo lo cual conllevará el hacer un buen uso de la contratransferencia, separando lo que es nuestro de lo que es del paciente para que ni cliente ni psicoterapeuta repitan *ad infinitum* su propio drama originario en la relación terapéutica. Como decía Lacan, al psicoterapeuta “le suponen saber”.

determinado o de cierta manera de ser de su hijo para mantener su equilibrio emocional; padres que ejercen una función materna extremadamente protectora generadora de vinculación dependiente; padres que ejercen una función materna excesivamente fría y distante, cuyos hijos desarrollan una personalidad independiente, evitativa del contacto, y que aprenden a mantenerse alejados de sus propias necesidades: o, finalmente, padres que ejercen una función materna imprevisible, inconsistente y que crean vínculos ambivalentes-ansiosos. Las consideraciones anteriores me han llevado a otorgar una especial atención, en la sala de terapia, al análisis profundo del guion de vida de pacientes profesionales de la ayuda, específicamente psicoterapeutas, objeto del siguiente apartado.

### 3. LA CONSTRUCCIÓN DEL GUIÓN DE SALVADOR

De la exposición anterior se puede inferir que los niños con una infancia emocionalmente adaptada tienen una alta probabilidad de construir un guion de Salvador, que está presente en muchos profesionales de la ayuda. La teoría del guion de vida fue desarrollada por el creador del Análisis Transaccional (en adelante AT), Eric Berne, y por sus colaboradores, sobre todo Claude Steiner, a mediados de los años sesenta. En sus orígenes Berne lo definió como un plan de vida inconsciente elaborado durante la infancia hasta la edad de los seis años aproximadamente, bajo la influencia de y reforzado por los padres, y el entorno del niño, que se refuerza a lo largo de la vida a través de los diversos acontecimientos que el niño vive, y cuyo final está bien determinado (Berne, 1983). Es importante señalar que el guion de vida es mucho más que una simple visión general del mundo y de los demás, y hay que entenderlo como un plan de vida específico, cual obra de teatro, que posee un principio, un desarrollo y que se dirige hacia un desenlace o escena final. También es importante no pasar por alto que el guion de vida se decide de manera inconsciente y temprana en la niñez, y que aunque los padres refuerzan el guion con multitud de mensajes, actitudes, etc. Es decisional, es decir, que el niño toma decisiones por sí mismo que pueden ser muy distintas a otras decisiones tomadas por otro niño ante circunstancias semejantes. ¿Qué tipo de decisiones? Las que el niño escoja como las mejores estrategias para sobrevivir en un mundo visto a veces como hostil e incluso como una amenaza para su vida. Las decisiones infantiles determinan el destino último del individuo, más que la planificación del adulto. Al margen de lo que crean las personas sobre el destino de sus vidas y sobre ellas mismas, la realidad es que parecen impulsados por una fuerza interna a esforzarse en conseguir un saldo final que a menudo es diferente de lo que creen están haciendo en la vida o de cómo creen que son como personas.

A continuación voy a ilustrar uno de los posibles procesos de construcción del guion de Salvador utilizando los conceptos del AT (véase cuadro 1). Téngase en cuenta que el siguiente ejemplo no pretende describir una explicación estándar o uniforme del desarrollo emocional de los niños con un guion de Salvador, ya que dicho desarrollo emocional adopta una variedad y particularidades que escapan al siguiente análisis. La pretensión es presentar un caso hipotético, entre un abanico amplio, que permita hacerse una idea del proceso de gestación y consolidación de un guion de Salvador:



En un primer momento la realidad del niño y de los padres crea un conflicto relacional: las figuras parentales presentan necesidades emocionales no satisfechas que se reflejan en la relación con el niño, quien a su vez necesita, obviamente, ser aceptado, protegido y amado de manera incondicional. Esto genera un conflicto "de intereses" que está en la base del inicio del proceso de adaptación del niño para obtener el amor y la aprobación de papá y mamá. El niño se va a convertir en un *ser disponible* para los padres, ya que éstos se van a relacionar con él desde sus necesidades no satisfechas y van a actuar con el niño esperando unas respuestas y conductas concretas, las que necesitan los Niños interiores de los progenitores. Es de esta manera que ya desde bien temprano en la vida del niño, los padres le van a enviar mensajes no verbales, generalmente inconscientes, instalados en sus Estados del Yo Niño, dirigidos al Estado del Yo Niño del hijo y que tienen como meta rechazar las manifestaciones naturales de pensamientos, sentimientos y comportamientos del pequeño, que los padres, por diferentes motivos inconscientes, no pueden aceptar que

formen parte de su personalidad. Estas intervenciones dirigidas al niño, generalmente no verbales, son los denominados *mandatos*, mensajes negativos y restrictivos emitidos desde el Niño de los padres y que se albergan en el Niño del hijo.

En el ejemplo expuesto, el niño vive en un contexto familiar en el que el padre trabaja mucho fuera del hogar, y cuando llega a casa el niño se le acerca pidiendo atención y juego, queriendo ser atendido en sus necesidades. El padre, que tiene un guion que se lleva a cabo a través de un programa de trabajar duro, le envía de forma reiterada mensajes de que no le moleste, de que tenga en cuenta y respete su necesidad de descanso. Muy posiblemente el padre sienta internamente como amenazante dedicarle tiempo de ocio, cercanía y atención a su hijo, y reciba como invasivas sus muestras de espontaneidad y la expresión de sus emociones, que son una invitación a la intimidad, el intercambio de caricias y la expresión natural de sentimientos. El Niño de papá parece no tener integrados los permisos internos de acercarse, de ser tierno y cariñoso y de expresar lo que siente. El niño progresivamente va comprendiendo que si deja tranquilo a papá y no le molesta con sus cosas de niño pequeño, este lo acepta, no se enfada y lo tiene en muy buen concepto, con lo cual va a concluir que “Pedir a papá es malo” y que “Mis necesidades nunca serán escuchadas”. Pero también que “Si no expreso mis necesidades el mundo me reconoce”, con lo cual la decisión de guion va a ser: “Dejaré de lado mis necesidades y atenderé las necesidades de los demás”, y así será reconocido y aceptado. Simultáneamente, el niño va construyendo las creencias limitantes de guion sobre sí mismo, y que para este caso serían del tipo: “Mis necesidades no son importantes” o incluso “Hay algo malo en mí”. Creencias sobre los demás del tipo “Los otros son más importantes que yo” o “Las necesidades de los demás son prioritarias y hay que satisfacerlas siempre”, y creencias sobre la vida del tipo “La vida es un sacrificio diario” o “En la vida no está bien pedir”. Algunas otras decisiones de guion del niño pueden ser: “Me lo haré yo solo en la vida”, “En la vida hay que renunciar a expresar lo que sientes para ser aceptado y reconocido” o “Si aprendo mucho sobre cómo se sienten y lo que piensan los demás estaré bien”. Todas estas creencias, sentimientos y decisiones de guion forman parte de la base para la construcción del yo social adaptado del niño. De esta manera va encontrando estrategias en la relación con los demás que le permitirán sobrevivir a costa de alejarse de su yo verdadero.

A medida que el niño crece y aprende a hablar, el lenguaje cobra más protagonismo en su educación y aprendizaje, de tal manera que muchos de los mensajes que anteriormente se le dirigían de forma no verbal ahora se apoyan en la lengua hablada. Muchas órdenes y pautas educativas del padre vienen a reforzar los *mandatos* descritos más arriba y transmitidos en



un período anterior al desarrollo; mensajes que va en la dirección de acallar y mantener a raya sus necesidades y apañárselas solo con sus emociones, sin mostrar vulnerabilidad, expresiones de debilidad o petición de ayuda. En Análisis Transaccional se denominan *impulsores* a estos mensajes que recibe el niño y que van del Estado del yo Padre de los padres al estado del yo Padre del niño, teniendo como meta la educación o la instrucción. En el ejemplo que venimos ilustrando, el niño convertido en adulto puede llegar a concluir que ante una situación de intimidad con otra persona o en momentos de angustia la mejor estrategia es la de no compartir sus sentimientos con nadie e intentar salirse solo de la situación, reforzando así todo su sistema de guion. Se trata del impulsor “Sé fuerte”.

Veamos ahora qué aporta la figura de la madre a dicho proceso: el caso de mamá es diferente, para empezar porque tiene un guion de vida distinto al de papá y, por lo tanto, proyecta en la relación con su hijo necesidades emocionales no resueltas también distintas, aunque puedan coincidir en algunas. Mamá es una persona habitualmente complaciente en la relación con los demás, se sacrifica para que todo esté en armonía y para que las personas de su alrededor estén bien. No tiene problemas de cercanía ni de “intimidad” (entrecomillo el concepto porque con frecuencia es una intimidad aparente, ya que no está exenta de juegos y chantaje emocional). La madre intercambia opiniones, sentimientos y confidencias familiares con su hijo. Pero si la observamos un poco más en detalle veremos que guarda dentro de sí una profunda y dolorosa carencia de reconocimiento y aceptación incondicional que intenta obtener a través del cuidado y sacrificio por los otros, incluido, ¡cómo no!, su pequeño. Es así como empieza el “drama” para el niño-terapeuta por la parte de la madre; es cierto que cuando su hijo se le acerca, ella, a diferencia de papá, se queda con él, juega, le atiende y le escucha; se muestra, en definitiva, disponible para su hijito. Pero en la relación le envía también mensajes inconscientes no verbales que le significan al niño que ella se sacrifica por él, que la atención que le dispensa requiere una contrapartida, que le atiende pero a condición de que él la escuche, la cuide y se haga cargo de su situación de *auténtica* víctima. La madre, en su propio guion, aprendió la estrategia de ser reconocida a través de cuidar de los otros. El niño, en la relación con esta, aprende progresivamente que si la escucha, la reconoce en su papel de madre sacrificada y se comporta con ella como necesita, mostrándose comprensivo, disponible, amoroso y confidente, esto es, estando atento a cualquier muestra de vulnerabilidad o sufrimiento de mamá y actuando en consecuencia, entonces obtendrá de ella su reconocimiento y aceptación y lo tendrá en buen concepto. Necesidades emocionales maternas de las que muy pronto el niño captará inconscientemente que mamá no resolvió y que sigue sin hacerlo por su forma de comportarse.

El niño sabe (sin saber que lo sabe) que mamá se comporta como una niña eternamente insatisfecha, ya que por más que se adapte a ella para complacerla, nunca es suficiente. Además, aprende rápido que si antepone el bienestar del otro al suyo, su mamá no se enfadará con él, concluyendo, de manera similar a como le sucede con papá, que “Mis necesidades nunca serán escuchadas y satisfechas por mamá a cambio de nada”, es decir, “Nunca serán escuchadas y satisfechas por el mundo a cambio de nada”. ¿Y cuál es el precio a pagar? El niño concluirá pronto: “Mostrarme complaciente con los demás, hacer cosas aunque no quiera hacerlas, estar disponible para los otros de manera incondicional sin escuchar previamente si quiero o no quiero hacerlo, etc.” El niño puede ir llegando así a su decisión de guion del tipo “Mis necesidades no son importantes si previamente no están satisfechas las necesidades de los demás”. Algunas creencias sobre sí mismo que pueden instaurarse en esta situación son: “No soy suficientemente bueno o importante para que me tengan en cuenta los demás”, “Mis necesidades no son importantes”, “Soy muy bueno escuchando y atendiendo a los demás”, etc. Las creencias de guion sobre los demás pueden ir en la línea de “Sus necesidades son más importantes que las mías” o “Su bienestar depende de mí” y algunas creencias de guion sobre la vida: “En la vida hay que complacer para que me reconozcan”, “La vida es puro sacrificio” o “En la vida tienes que callar y renunciar a ser tú mismo si quieres estar en vínculo con los demás”. Tal como sucede con papá, todas estas creencias, estrategias y comportamientos de guion pasan a formar parte del yo social adaptado del pequeño, que ha superado de nuevo “con éxito” la prueba de sobrevivir sintiéndose querido y aceptado en la relación con mamá, igual que pasa con papá, pero a costa de sacrificar, una vez más, su verdadero yo.

Los mandatos que con más frecuencia he observado que han recibido los niños-terapeutas que desarrollan un guion de Salvador son:

- *No seas niño (no disfrutes)*: Desde muy pequeño se le ha exigido tomar responsabilidades (como cuidar de hermanos menores) y no tomarse tiempo para jugar, divertirse, etc. El niño no puede disfrutar de la época de ser niño.

- *No tengas en cuenta tus necesidades (no seas importante)*: Tus necesidades no son importantes, cuando el niño manifiesta una necesidad personal no es valorada. El deseo es negado o desvalorizado.

- *No sientas (y no expreses lo que sientes)*: Toda manifestación emocional está inhibida, desvalorizada. El niño deja de sentir o siente pero no tiene el permiso de poder expresarlo. También puede que los padres manifiesten mucha emotividad “fuera de lugar” (inadecuada al contexto) y el niño sienta vergüenza, con lo cual una manera de defenderse de esto es

no sentir para evitar hacer el ridículo como sus padres. Relacionado con este también está el mandato “No te acerques” (para expresar muestras de amor, cariño, etc.)

- *No seas tú mismo*: Toda expresión de originalidad y espontaneidad está reprimida o inhibida. El niño va integrando la idea de que todo lo que viene de él no es válido. Se va a sobreadaptar a lo que se debe hacer, a lo que el otro opina, piensa, etc.

#### 4. LAS FUNCIONES DE LA ELECCIÓN VOCACIONAL

De las consideraciones anteriores se desprende que la elección vocacional se puede entender como un síntoma más del conjunto de decisiones tempranas e inconscientes que forman el guion de vida de una persona. Y como cualquier cuadro sintomático, la elección de la psicoterapia posee unas funciones que se pueden observar en el ejercicio de la psicoterapia. A continuación se exponen algunas de las funciones que cumple el síntoma de la elección vocacional que he observado en las historias clínicas de pacientes psicoterapeutas:

- Las diferentes relaciones terapéuticas con sus clientes se convierten en marcos de relaciones y vivencias con un fuerte contenido emocional en la vida del psicoterapeuta que le permiten: mantener intacta la identidad de su propio guion de vida y dar sentido a su rol como salvador. Esta es la primera función de la elección vocacional derivada del guion de vida. De esta manera, inconscientemente el terapeuta va a provocar que lo que le sucede una y otra vez en la vida y en las relaciones también se produzca en el ejercicio de su profesión, ya que todo lo que deriva de la experiencia terapéutica para él – confirmación de creencias, sentimientos y decisiones de guion – hará que encaje en su percepción y concepto del mundo, de los demás y de sí mismo. Este fenómeno se explica en el ámbito de la terapia analítica transaccional con el concepto de *proceso paralelo*, que originalmente hace referencia a la repetición inconsciente por parte del cliente en la relación con el terapeuta de las decisiones del guion de vida manifestadas fuera del contexto terapéutico. En este caso yo me refiero al proceso paralelo en el que se ve envuelto el terapeuta para confirmar su propio guion en la relación con sus clientes.

- El Niño del psicoterapeuta también espera mantener un *sistema de caricias* en el marco terapéutico según lo aprendido en su propio guion de vida, buscando así la admiración, el respeto, el reconocimiento y el prestigio social por el rol de cuidador y consejero de los otros, investido de poder y de conocimiento. El Niño del terapeuta se mostrará de tal manera que pueda obtener la aprobación de su cliente y sea tomado en serio, ya que el paciente captará enseguida lo que el psicoterapeuta espera de él, ofreciéndole así el material psí-

quico que el terapeuta espera de su cliente para satisfacer su necesidad de reconocimiento. Los dos Niños emocionalmente adaptados protagonistas de la relación terapéutica se ven así involucrados en una maniobra inconsciente que ninguno puede detectar, ya cuando fueron niños se vieron envueltos junto a sus propios padres en una situación muy similar.

- La esperanza de obtener del cliente lo que no se obtuvo en la infancia por parte de sus padres, de idéntica manera a cómo hicieron cuando el terapeuta fue un niño pequeño. El Niño del terapeuta no satisfizo su necesidad emocional de ser lo más importante para mamá, experiencia que va a buscar una y otra vez en la relación terapéutica con el cliente: que este le convierta en alguien fundamental en su propia vida, alguien de quien depender, que le dé prioridad y protagonismo. Inconscientemente, algunas maniobras del psicoterapeuta pueden ir encaminadas a impedir el crecimiento personal del propio cliente, a mantenerlo en un estado de dependencia y simbiosis, conservándolo en terapia por largo tiempo mientras le ofrezca presencia incondicional al psicoterapeuta, incluso este puede ir moldeando al cliente según sus propias necesidades. En este sentido, es importante mantenerse alerta de querer resultar excesivamente disponible para el cliente, especialmente fuera del tiempo de terapia, de facilitarle y/o incitarle a que se ponga en contacto con el terapeuta entre visitas o viceversa, que lo haga el terapeuta, en un pasaje al acto que, si se repite con frecuencia, debería llevar inmediatamente a supervisión y/o terapia personal.

- Otra función oculta de la elección de ejercer la psicoterapia es la de aliviar la angustia derivada de los propios conflictos sin resolver y mantenerlos en el plano inconsciente al pasar al cliente la “patata caliente”<sup>3</sup>. Es también una forma de manejar la envidia de que el otro esté más en contacto consigo mismo. Esto se hace generando identificaciones proyectivas en el paciente: observar de manera voyerista cómo otro resuelve lo que uno no puede resolver, aliviarse con las tribulaciones del otro, descalificar sus logros de manera envidiosa o luchar contra ellos, etc. El pasar la “patata caliente” implicaría en este contexto un mensaje del tipo: “Sé tú el que pongas a un lado tu verdadero *Self*”. En los casos más graves el sentirse superior y libre de conflicto, manteniendo una posición de poder y proyectando en el otro “lo malo” interno, o destruyendo los aspectos positivos del otro, etc.

---

3. El concepto de “patata caliente” o epiguion fue introducido en el Análisis Transaccional por Fanita English para hacer referencia a la transmisión inconsciente de un guion negativo por parte de una persona a otra (por ejemplo de padres a hijos), estimulándole inconscientemente a que haga cosas perjudiciales para sí mismo (enfermedades pasajes al acto, decisiones perjudiciales, etc.), liberándose así de su guion destructivo (patata caliente) al vivirlo otro por él.

## 5. CONCLUSIÓN

En conclusión, podemos considerar que las actitudes y aptitudes descritas en el perfil del niño emocionalmente adaptado al que me vengo refiriendo en el presente trabajo están relacionadas con la elección vocacional de la psicoterapia u otras profesiones relacionadas con la ayuda y la atención emocional en la etapa adulta. Esta salida profesional es una de las posibles culminaciones adultas de un esfuerzo adaptativo de supervivencia emocional a la realidad que le tocó vivir. El problema puede subsistir si ya adulto y psicoterapeuta, hace de su ejercicio profesional un escenario dramático en el que desarrollar el personaje de su guion de vida con el objeto de satisfacerlas. En este sentido, se hace ineludible el compromiso ético y deontológico con la profesión a través de la formación continua, la supervisión de casos clínicos y el propio trabajo personal.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARMADA, A. (2016). *Terapeutas desde la infancia*. Almería: El Círculo Rojo
- BERNE, E. (1974a). *Hacer el amor ¿Qué hace usted del amor cuando hace el amor?* Barcelona: Grijalbo
- (1974b) *¿Qué dice Ud. Después de decir Hola?* Barcelona: Grijalbo
- (1983). *Introducción al Tratamiento de grupo*. Barcelona: Grijalbo
- (1985). *Análisis Transaccional en Psicoterapia*. Buenos Aires: Ed. Psique.
- (1986). *Juegos en que participamos*. México: Ed. Diana
- ENGLISH, F. (1969). Episcrypt and the "Hot Potato" Game. *Transactional Analysis Bulletin*, 8, 77-82.
- GUY, J.D. (2010). *La vida personal del psicoterapeuta*. Barcelona: Paidós
- MARTORELL, J. L. (2000) *El guion de vida*. Bilbao: Desclée De Brouwer
- MILLER, A. (2005). *El drama del niño dotado y la búsqueda del verdadero yo*. Barcelona: Tusquets.
- STEINER C. (1991). *Los guiones que vivimos*. Barcelona: Kairós

## ANTONIO ARMADA RAYA

Doctor en psicología, Analista Transaccional Certificado (CTA) por la European Association Transactional Analysis (EATA), Especialista en Psicoterapia acreditado por la European Federation of Psychologists' Associations (EFPA) y Psicólogo General Sanitario. Trabaja como psicoterapeuta en Cep Eric Berne, Centro ABB y Balquena Psicología Clínica. Su correo electrónico es aarmadaraya@hotmail.com